

Capítulo 12 - - Luces Pálidas

Fue una experiencia inusual, reflexionó Tristan, tratar a otros con un kit de veneno de maneras que en su mayor parte había aprendido a través del estudio de la interrogación. No que nadie pudiera notar la diferencia.

—No necesito un palo para morder —insistió Felis—. Es solo un poco de dolor, puedo soportarlo.

En la mayoría de las circunstancias, el hombre incluso podría tener razón: el uso regular del polvo podía atenuar la percepción del dolor. Pero no aquí, sin embargo. Aines se preocupaba junto a su esposo, pero él seguía apartándola con insistencia.

—Una vez vi a un hombre morderse la propia lengua —dijo Tristan con tono conversacional—. No le mató —no suele ser una herida mortal, ves—, pero ciertamente fue una experiencia extremadamente dolorosa.

El adicto al polvo palideció, jugueteando con su desordenado cabello castaño.

—¿Eres buen cantante, Felis? —preguntó el ladrón.

El hombre lo miró con rabia, pero tomó el palo y apretó los dientes contra él. Tristan rápidamente arrancó la clavija, ignorando el grito medio ahogado que siguió. Era una pequeña pieza desagradable, pensó el ladrón mientras observaba la punta de la flecha que habían usado en los huecos. Serrada, para que pudiera cortar la carne nuevamente al salir. Felis convulsionó de dolor, temblando, mientras Tristan colocaba la clavija y comenzaba a limpiar la herida. Un paño empapado en alcohol, luego apósitos improvisados hechos con ropas desgarradas. El hombre no debería estar en peligro de desangrarse, pero Tristan no podía decir si la carne se volvería enfermiza. La ropa no es un buen apósito y tenían muy poca para cambiarlo con frecuencia.

—Es lo máximo que puedo hacer —le dijo a Felis—. Antes de que te duermas, te daré algo para el dolor.

Eso fue todo para ellos. Vanesa y Aines se habían ido con poco más que moretones, la costilla de Francho estaba esguinzada pero no rota, y Yong no había recibido ninguna herida. Después de Felis, lo peor era Sarai: agujas y cosquillas le desgarraban el lado de la cara cuando le quitaron el velo y la máscara. Ella misma se encargó de las heridas tras usar alcohol para limpiarlas. De Lan todavía no había señales, no que la fueran a aceptar si regresaba. ¿Qué valor tendría mantener cerca a alguien que huiría cuando las dagas salieran? Las decisiones deben ser pagadas. Felis escupió el palo y se levantó, alejándose sin decir una palabra más. Su esposa se quedó atrás.

—Gracias, Tristan —le dijo Aines con agotamiento—. Él también lo aprecia, solo que—

Bajo el cansancio y las heridas, todavía podía ver la figura de la mujer que debió haber sido cuando era joven. Cabello oscuro, ojos marrones amables, un rostro en forma de corazón y un cuerpo delgado. La clase de belleza que los hombres de Murk consideraban atractiva.

—Este lugar, no saca lo mejor de nosotros —terminó ella—. Será mejor cuando salgas.

No, no lo será —pensó Tristan—. El ladrón vaciló. Había decidido no involucrarse demasiado con la pareja, cauteloso de quedar atrapado en la inevitable explosión, pero ahora que sus números se habían reducido y las heridas estaban hechas. Si pudiera hacer que su situación llegara a un punto crítico un poco más tarde, quizás en la segunda prueba, sería una ayuda importante.

“Lan se llevó el polvo,” dijo él. “¿Cuánto tiempo falta para que empeore?”

La sonrisa de Aines no lograba ocultar por completo la vergüenza en sus ojos.

“¿Notaste eso, verdad?” dijo ella. “Supuse que sí, tienes Murk en todas partes.”

Y ambos sabían que el polvo y las otras drogas que allí se vendían mataban a las personas tan seguro como la plaga, solo que más despacio y de manera más grotesca. La mujer de cabello oscuro mordió su labio.

“Dos días,” finalmente dijo. “Quizás más si tu extracto para el dolor ayuda a aliviar la comezón.”

“Eso podría ser un problema,” admitió Tristan.

Uno que no tenía mucho que remediar, salvo si uno consideraba que el veneno era una solución. La expresión con que Aines respondió fue demasiado sombría para ser llamada una risa.

“Sí,” exhaló ella. “Lo sé. Dioses, lo sé.”

“Me parece imprudente,” dijo delicadamente, “realizar estos experimentos dado su... condición.”

La suya más que la de ella. Aines parecía tan necesitada de apostar como su esposo lo estaba del polvo, pero su cuerpo no se rebelaría por la falta de él: era una aflicción más de la mente que de la carne. Él ya sabía que no habían venido aquí por decisión propia, que otros habían pagado por ellos, pero, cansada y agradecida como estaba, una pequeña invitación como esa debía ser suficiente para que ella hablara.

“¿Crees que tuvimos opción?” respondió Aines con amargura. “Ambos acumulamos deudas con el Cordero Sonriente, solo que no sabíamos de las deudas del otro. Uno de sus cobradores los juntó y tocó a nuestra puerta.”

Tristan hizo una mueca. El Cordero Sonriente había empezado como una organización benéfica que los infanzones pretendían usar para vestir y alimentar a las pobres almas del Murk, pero infamemente, en solo un año, comenzó a vender productos clandestinos y a gestionar casas de prostitución desde sus capítulos. La Guardia nunca los enfrentó directamente, para no ofender a los nobles patronos. Cuando nació el ladrón, el Cordero también se diversificó en préstamos,

ganando una reputación dura en aquel comercio. Lo suficientemente respetables como para pagar a las tropas rojas para que cobraran por ellos, aunque la Guardia no era muy amigable con el Murk.

“Sí, muy mal,” suspiró Aines. “La deuda era tan grande que estaríamos en las minas hasta morir, pero tenemos cinco hijos y nadie que los cuide. Así que, cuando ofrecieron cancelar la deuda si aceptábamos los experimentos, no fue mucho una decisión.”

“Seguramente no habrían hecho esa oferta sin esperar algo a cambio,” dijo Tristan.

Aines se convulsionó, y, para sorpresa del ladrón, ella comenzó a llorar. No le sorprendían las lágrimas —él mismo había ahogado en amargos sollozos muchas veces—, sino que ella se permitiera mostrar su tristeza delante de un hombre casi desconocido. Tristan colocó suavemente una mano en su hombro, pero no la abrazó, como un impulso le pedía. Sabía que era mejor no apegarse.

“Para ellos, es un juego,” balbuceó ella. “Pagaron a los negros para los informes, después. Para saber qué pasa en los experimentos.”

“¿Qué te dijeron, Aines?” insistió él.

“Drenarán a mis hijos,” susurró, “si Felis me mata antes de que terminen los experimentos.”

Una oleada de compasión surgió, pero solo una corriente superficial. La mayor parte de su mente estaba en lo que había oído entre los dos, en cómo Felis había insistido en que se alejaran del grupo. Que se fueran solos. Y, justo cuando Aines parecía haberse recuperado, Tristan tuvo la certeza de que el Cordero debía haberle prometido algo si lograba matarla antes de que terminaran. Juegos rojos, había llamado Yong a esas intrigas. Qué hermosa expresión para algo tan horrible. Le acompañó hasta que las lágrimas se agotaron y ella musitó algunas excusas, regresando a su camastro como quien no sabe a dónde más acudir. Felis empezó en silencio a discutir con ella, y Tristan decidió esperar antes de acercarse con el analgésico.

En cambio, fue hacia Yong a quien se dirigió, acomodándose junto al hombre mientras engrasaba y limpiaba su espada. El Tianxi le dirigió una mirada inquisitiva.

—No creo que sean recuperables —dijo Tristan con franqueza, cuidando de no mirar a la pareja—. Fueron apuntados el uno al otro por su acreedor.

—Son útiles en combate —replicó Yong con igual sinceridad—. Prefiero deshacerme de los canosos que de estos dos, si tenemos que reducir peso.

—No digo que los eliminemos —respondió—, pero no son confiables para asuntos delicados. Es solo cuestión de tiempo hasta que uno acuchille al otro.

Ya sea Felis, por lo que le habían prometido, o Aines, para evitar lo mismo.

—En la segunda prueba, ya no serán problema nuestro —dijo Yong con pragmatismo—. ¿Llegarán hasta entonces?

Tristan hizo una mueca.

—Probablemente —admitió, pasando una mano por su cabello—. El matrimonio, ¿eh? Qué juego de tontos.

Yong le dirigió una mirada bastante divertida.

—Estás hablando —dijo el Tianxi— a un hombre casado.

—Ah —tartamudeó el ladrón—. No quiero ofender. Estoy seguro de que tu esposa—

—Esposo —lo corrigió con sequedad—.

—El esposo es un hombre ejemplar —aseguró Tristan apresuradamente.

—Lo es —respondió el otro, aunque en su tono había una leve sombra de algo más profundo—. Pero te concedo que a veces puede hacer que la cama esté demasiado llena, con el uno junto al otro y nuestros pasados apretujados en un mismo lugar.

Por mucho que el ladrón quisiera indagar, para ver qué podría salir a la luz, una mirada a la expresión de Yong fue suficiente para hacerle cambiar de opinión. Era una puerta cerrada, y el Tianxi se movía con inquietud, en esa forma que Tristan había aprendido a reconocer como la señal de que quería beber. La violencia previa parecía haberlo revitalizado, suficiente para que no hubiera bebido licor en toda la tarde, pero ahora las nubes volvía a aparecer. Mejor detenerlo cuanto antes: si la pelea del día había demostrado algo, era que sin Yong, todos estaban a medio camino de la tumba.

—Me alegra que estés más calmado ahora —dijo Tristan—, porque parecías enfadado cuando viste por primera vez la expresión de Sarai bajo la máscara.

—Los vacíos no son de confiar —dijo el Tianxi con sencillez—. Si ella había sido uno, ya sea ella o yo, habríamos abandonado esta compañía.

—No los he encontrado peores que los hombres —dijo el ladrón—. ¿Es esto una cuestión de fe?

Nadie, ni siquiera los Redentores de tendencias sectarias, negaba la verdad del Círculo Perpetuo —el ciclo infinito de reencarnaciones que ataba todas las almas, salvo aquellas dañadas por la Gloam. Ser un oscuro, un vacío, equivalía a ser expulsado del Círculo y ver cómo tu alma inmortal se convertía en mortalidad. Algunas fes de Vesper consideraban esto un gran pecado, algo repugnante o malvado, y por eso veían a los vacíos como repugnantes y malvados también. La Ortodoxia no debería ser una de esas, pero en la práctica Tristan conocía poco de la Ortodoxia Cathayana.

—Es un hecho —respondió Yong—. Todo hombre enloquece cuando la ley escasea, Tristan. Cuando ya no hay castigos, la ferocidad que fingimos no haber aprendido se asoma con más fuerza.

Sus ojos oscuros se fijaron en algo más allá del brillo de la linterna, en un tipo de recuerdo inquietante que podía estar a un mundo de distancia y, sin embargo, más cerca que la propia piel.

—He visto hombres que consideraba decentes violar, robar y matar sin otra razón que la simple posibilidad —dijo—. Pero al fin y al cabo, a pesar de nuestras crueldades, seguimos siendo hombres.

El mandíbula del antiguo soldado se apretó.

—He encontrado niños medio devorados a la orilla del camino,—dijo Yong con una calma desoladora,—donde los abismos saqueaban. He pisado los huesos rotos de cientos alimentados a dioses enloquecidos, he visto las secuelas de rituales tan horribles que incluso los peores faroleros de Izcalli temerían su uso.

Su tono no se había vuelto vehemente, pero había subido lo suficiente para atraer miradas.

—Todavía maldecimos por la Vieja Noche por una razón,—decía, bajando el volumen al notar la atención—. Y esa es la oscuridad que los abismos traerían de vuelta: la noche para todos, para siempre. Ninguna confianza puede o debe sobrevivir a esa verdad.

Tristán asintió lentamente, manteniendo sus pensamientos en silencio en su rostro. No discutiría con Yong, no cuando el tema suscitaba tanta pasión en el otro, pero no estaba convencido. Hay reinos enteros de abismos allá afuera, grandes imperios que surgieron y cayeron más allá del alcance de la Luz. Los eruditos están seguros de que la mayor parte de Vespero pertenece a los abismos, y si Yong tuviera razón, hace mucho tiempo la Vieja Noche habría sido recuperada. No, Tristán sospechaba que la mayoría de los abismos no eran ni mejores ni peores que los hombres. Formados quizás de manera diferente por las circunstancias, pero no hechos de una arcilla tan distinta.

Son las sectas lo que realmente son objetos de horror, y una secta no es un reino, mucho menos cien de ellas.

—No discutiré por matar a esos hijos de puta de Ojo Rojo,—dijo el ladrón—. Aunque espero que me perdone si prefiero evitarlos si podemos.

Yong agitó sus palabras con un gesto.

—Eso también haría,—dijo,—y solo puedo estremecerme al pensar cuánto debió haber sufrido Sarai por la semejanza de su pueblo con los abismos. Espero que la mitad de la gente que ha conocido haya intentado apresarla con cadenas.

—¿No Tianxi, acaso?—preguntó Tristán—. Pensé que las Repúblicas no practicaban la esclavitud.

—Todos son libres bajo el Cielo,—citó Yong con devoción,—es contra todas las leyes en todos los libros, eso es cierto, pero no impide que algunos comerciantes envíen esclavos.

Ah, pensó Tristán. Transportar la "mercancía" no era comprar o vender, dedujo, lo que permitía a los sin escrúpulos seguir la letra de la ley. Ya no era un niño de diez años, admirando ciegamente que Tianxi había enviado a todos sus nobles a la horca y soñando con que su tierra fuera un paraíso en sí misma. Las Repúblicas Celestiales eran tan imperfectas como cualquier otra gran potencia de Vespero, lo sabía. Pero, de alguna forma, seguía sintiendo decepción al ver que los hombres que se habían hecho libres imponían lo opuesto a otros.

—El comercio de esclavos ha enriquecido a Malan,—suspiró,—y aún no nace el hombre que odie el oro.

El Segundo Imperio utilizó esclavos por millones, y la mayoría de los pueblos de Vespero todavía lo hacen,—los infanzones quizás no los llamen así, pero los abismos que extraen rubíes y oro para ellos son esclavos en realidad,—pero solo los abismos de Liergan los mantuvieron encadenados. Ese tiempo, esa práctica, llegó a su fin. El Reino de Malan creció en riqueza terrible al robar hombres en el norte y enviarlos a sus colonias occidentales, donde trabajaban levantando cosechas abundantes bajo la Luz para sus amos. Y las tribus bajo las Puertas Rotas eran, en realidad, hombres, pues aunque eran de piel pálida, no estaban apartados del Círculo Perpetuo. La Luz no los quemaba.

Yong resopló.

- Cuando era niño, - dijo, - mi abuela me contó que fue Lucifer en persona quien fabricó el oro, porque sabía que incluso sellado en Pandemónium, el oro sería suficiente para que los hombres se destruyeran a sí mismos.

Tristan no pudo evitar sonreír. Parecía que, sin importar dónde nacieras, la familia intentaba asustarte con historias del Rey del Infierno.

- Mi padre solía decir cómo inventó el sueño - afirmó el ladrón -, creando un hechizo para matar a todo el mundo.
- Eso está bastante ingenioso - valoró Yong, luego limpió su espada por última vez. - Y es un recordatorio oportuno de lo que debo hacer. ¿Sarai todavía vigila la primera guardia?

Tristan asintió.

- Bueno, los pelirrojos necesitan ganar su lugar - dijo el exsoldado. - ¿Hablarás con Sarai antes de acostarte?

La ladrón levantó una ceja.

- ¿Debería? - preguntó, sorprendido.
- ¿Quién si no tú? - Yong encogió los hombros. - Desde que salimos de Yiwu, los dos han sido como dedos de la misma mano.

Frunció el ceño, reconociendo la palabra cathayana, pero sin entender su significado.

- ¿ Reliquias?

- Nobles - explicó Yong, sonriendo.

Había una calma segura en esa sonrisa, la mirada de un hombre que conocía hacia dónde se dirigía el mundo y sabía que su camino inevitablemente sería pavimentado con las tumbas de sus enemigos. ¿Y qué podía decir Tristan ante esto? La Tianxi aún cortaba a los reyes en cuatro partes cada vez que lograban atraparlos, y ningún trono en Vespero había sido capaz de detenerlos. Tras despedirse del hombre que aún sonreía, Tristan lanzó una mirada hacia Sarai. Ella estaba sola, Aines y Felis le daban amplio margen, y aunque Vanesa no había sido ahuyentada por la piel pálida de la anciana con gafas, dormía profundamente.

Desde que su rostro fue revelado, Tristan se dio cuenta de que apenas había intercambiado veinte palabras con ella. Tuvieron que correr medio día y él dedicó todo ese tiempo desde que hicieron campamento a atender heridas. Tal vez, de verdad, era hora de conversar, aunque el cansancio ya le pesaba. Sentado frente a la mochila de Sarai, el ladrón se estiró el cuello y soltó un pequeño suspiro de satisfacción al escuchar el crujido. Recibió una mirada de desdén de parte de la mujer de cabello negro.

- Podrías haberlo hecho antes de venir - dijo ella.
- ¿Y dejarte sin oportunidad? - Sonrió con encanto. - Me heres.
- Si lo haces otra vez, quizás entonces - amenazó Sarai, pero su boca se contrajo en una mueca. - No soporto el sonido.
- Tomaré eso en cuenta - le aseguró el ladrón.

Hubo una pausa, y al cruzar miradas con ella, extendió deliberadamente el pulgar con una sonrisa más odiosa de lo habitual.

- No te atrevas - advirtió ella.
- ¿Cómo está el rostro? - preguntó Tristan, con indiferencia.
- Bien - respondió con cautela, manteniendo los ojos en su pulgar -. Las heridas no son profundas y...

El ladrón tiró de su pulgar antes de que ella pudiera terminar la frase, logrando que el pequeño crujido de la articulación le provocara un grito de indignación. Se vio obligado a cubrirse la cara con los brazos cuando ella empezó a golpearlo con entusiasmo con su velo. Cuando terminó, ambos estaban sonriendo. Sarai negó con la cabeza, aunque con una expresión de satisfacción a regañadientes.

- Ni siquiera dejarán cicatriz esas heridas - le aseguró ella -. He tenido heridas peores afeitándome las piernas. ¿Cómo están tus quemaduras?
- Mejor de lo que merecen - respondió sinceramente -, están limpias y la carne está roja en lugar de negra, lo cual es una buena señal.

Que sintiera dolor alrededor de ello era una buena señal, pues en las heridas de gran intensidad, una quemadura profunda, uno no podía sentir nada en esa zona en absoluto.

"El hematoma en mi costado es más que dolor," dijo Tristan. "Es una buena cosa que ya haya dormido sobre mi espalda."

"Creo que estaré así por unas semanas," gruñó Sarai. "Aunque sean superficiales, no puedo reposar sobre ellas sin soltar un siseo."

Asintió con empatía, los dos sentados en silencio cómodo durante un largo rato. Fue él quien rompió ese silencio, casi arrepentido.

"¿Vamos a hablar de ello?" preguntó distraído.

El secreto que había salido a la luz, todos esos pequeños detalles insignificantes ligados a él.

"No," respondió Sarai.

Movió ligeramente la cabeza en señal de negación.

"¿Y si sobrevivimos a las pruebas?"

"Entonces te daré mi nombre," aceptó Sarai. "El auténtico. Si quieres más, tendrás que intercambiar en la misma medida."

Un trato justo, como era su costumbre.

"Lo pasado, pasado," se encogió de hombros Tristan. "Lo que más me interesa ahora es lo que está por venir."

Una petición de información menos valiosa, pero más urgente en el acto. ¿Hasta dónde planeaba Sarai llegar en este Dominio de las Cosas Perdidas? Sus ojos azules lo analizaron detenidamente.

"Al terminar estas pruebas," afirmó Sarai, "llevaré una capa negra."

"Esa es también mi meta," respondió Tristan, con satisfacción y sin ocultarlo.

Significaba que su alianza podría perdurar hasta el final. Con Yong dispuesto a unirse a la Guardia, también, contaría con dos confidentes fiables para afrontar las próximas pruebas. Sarai pasó una mano entre su cabello oscuro, cerrando ligeramente el rostro, y luego soltó un suspiro.

"Las pruebas de este año," dijo en voz baja, "no son como las demás."

Lo miró fijamente, sin parpadear.

"Algunos de nosotros estamos marcados con algo más que simplemente unirnos a la Guardia," afirmó Sarai.

No pudo sorprenderse demasiado; había sospechado que algo andaba mal desde que pisó el Bluebell. Algunas cosas no cuadraban: la Abuela le había dado la oportunidad de conocer a Cozme Aflor y a un par de Cerdan enviándolo allí, pero había otras maneras. Su mentora no quería que estuviera simplemente en la Guardia; ella quería que estuviera en ese barco en particular. ¿Por qué?

"Supongo que tú también eres uno de esos pocos elegidos," preguntó Tristan.

"Lo soy," respondió ella con una leve sonrisa. "Pero tú también."

A pesar de sus esfuerzos, ese conocimiento le mantenía más despierto que las contusiones.

--

El césped alto ahora parecía siniestro, sabiendo lo que podría esconderse entre sus tallos.

Su compañía había sufrido heridas, suficientes para oler a sangre, y eso significaba que debían preocuparse por más que los cultistas del Ojo Rojo ahora que habían roto campamento y reanudado su marcha. Los lobos preferirían las llanuras abiertas al matorral alto por donde avanzaban, pero en ese lugar había muchas clases de lemures. Sin embargo, las primeras criaturas que encontraron no fueron lemures en absoluto. Temprano en la mañana, Aines gritó con un pequeño sobresalto que los hizo agarrar las armas, pero lo que casi tropezó con ella no justificó tal temor: en el suelo había un par de globos de caparazón tambaleantes, de los cuales colgaban colas con mazas en las puntas. Las colas se agitaban peligrosamente, aunque Tristan hubiera sentido más amenaza si la criatura a la que pertenecían no estuviera encogida a ciegas dentro de su caparazón.

«Esos son glyptonts», señaló Vanesa con humor. «No representan amenaza para ti, querida, a menos que tus pies sean de hierbas.»

«¿Entonces son inofensivos?» preguntó con precaución Aines.

«Generalmente herbívoros», confirmó Francho.

Fue recibido con una mirada de confusión y algo de preocupación.

«Una criatura que solo consume plantas», aclaró el viejo profesor.

El reproche silencioso en el rostro de Aines por no haberlo dicho simplemente desde el principio hizo que el ladrón contuviese una sonrisa.

«Recuerdo haber leído que prefieren el barro», dijo Tristan. «Quizá estemos cerca de un estanque que tendremos que rodear.»

Francho negó con la cabeza.

«Prefieren el agua corriente», corrigió el viejo sin dientes. «Para limpiar sus escamas. Más bien, un río. Y si alguno de ustedes pudiera hacerme el favor de volcar uno, ¿les parece?»

«Eso parece innecesariamente cruel», objetó Yong con poca convicción.

Sarai, menos cargada, tomó prestado el mosquete de Tianxi y cuidadosamente volteó un glyptont mientras evitaba el mazo en su cola. El otro emitió un chillido extraño parecido al de un ratón, su

cola desapareció rápidamente por dentro como si hubiese sido absorbida, y en seguida empezó a retroceder de manera estratégica. Abandonó a su compañero con bastante crueldad, notó el ladrón.

«Ni entre glyptonts hay honor, ¿verdad?», susurró.

Mientras tanto, Francho tosió sobre su mano, inclinado sobre el glyptont tumchado que Sarai sostenía con el culatín del mosquete mientras trataba de escapar. Además de las cuatro patas cortas que Tristan había esperado, había algo que parecía una boca redonda en medio del vientre, rodeada de tentáculos pardos que se movían y una serie de mandíbulas en forma de cuerno. Ugh. Sin embargo, Francho parecía bastante satisfecho.

«Este es un glyptont de juncos», informó con alegría, «una especie particular que se alimenta no solo de hierbas, sino también de pequeños peces y ranas.»

Aines le lanzó una mirada de traición. Al final, su pie había estado en riesgo.

«¿Y por qué deberíamos preocuparnos?» dijo Felis, poniendo una mano reconfortante en su hombro.

«Porque eso significa que el río adelante no debería tener depredadores lo suficientemente grandes como para molestar a nuestro pequeño amigo», respondió Sarai, dejando que el glyptont volviera a girar en el suelo.

Se alejó echando a correr hacia la hierba, moviendo su cola en lo que quizá fue un intento de advertencia, pero terminó pareciendo un niño despidiéndose con entusiasmo. Felis seguía mostrándose testarudo; había estado de mal humor todo el día y no había misterio en eso, así que Yong añadió más detalles.

«No debería haber algo lo bastante grande para atacarnos mientras cruzamos», dijo Tianxi.

Coincidieron en que era mejor atravesar en lugar de rodear, ya que el tiempo era un lujo, y con un poco de suerte, el agua corriente que los seguía podría incluso retrasar a los lemures que los acechaban. No tardaron en escuchar el sonido del agua en movimiento y, en un cuarto de hora, llegaron a las orillas fangosas. El agua no superaba la altura de la cintura del más bajo de ellos —entre Aines y Vanesa, ahora que Lan había desaparecido— y la corriente era fuerte pero manejable. Un glyptont se escondía en las cañas río abajo, masticando cuidadosamente un tallo que sobresalía y se balanceaba con cada mordisco, mientras ranas croaban una bienvenida tranquila.

Tomaron una breve pausa para llenar sus vejigas y lavarse la cara antes de comenzar a cruzar. Tristan se ofreció para ir primero, pues alguien tenía que hacerlo, y encontró el suelo traicionero pero nada peligroso si se tomaba con calma. Llamó a Sarai para que tuviera cuidado con las piedras resbaladizas en el fondo y esperó a que ella le arrojara la cuerda. Encontró un árbol caído y en descomposición para atarla, mientras ella aseguraba el otro extremo a una piedra; luego, todos comenzaron a cruzar con cuidado. Su botiquín, en particular, requería atención especial para no mojarse, y ya había demostrado su utilidad, por lo que solo hubo leves quejas por el trabajo.

Yong debía ser el último en cruzar y Vanesa ya estaba en medio del trecho, casi en la seguridad de la otra orilla, así que, naturalmente, Tristan ya estaba tenso como una cuerda cuando todo salió mal.

Deberían haberlo previsto, por alto que fuera, o incluso haberlo oído. Pero era un cazador, y no quedó rastro alguno hasta que salió de la hierba alta. Primero su pico, una curva cruel y negra como alquitrán, que se alzó al extenderse en su altura completa: al menos diez pies, con un chorro de plumas violetas profundas salpicadas de ojos pálidos y retorcidos. Sus patas eran óseas, terminando en garras grandes y curvadas, y bajo las alas dobladas, se asomaban brazos esqueletizados. La cabeza, sin ojos, debió parecerse a la de un ave, toda de cuero arrugado, pero en cambio Tristan tuvo la certeza de que un hombre lo miraba. No necesitaba que le dijeran en qué estaba fijado su mirada: terror nocturno, robador de ojos. Un ave de sepulcro.

“No te muevas—” empezó Tristan, con tono firmemente tranquilo.

Entonces Aines gritó y todo se convirtió en un infierno.

El ave de sepulcro aulló y el ladrón se estremeció, el sonido resonando en sus oídos hasta que tuvo que gritar para sacarlo. Su lengua sabía a sangre. Con ojos desorbitados, buscó su cuchillo mientras Sarai tragaba un sollozo detrás de él. La criatura fue contra Yong en un instante, su pico cruel desgarrando el hombro del Tianxi mientras trataba de sacar su espada. Cayó con un grito y Tristan corrió hacia el agua mientras el ave de sepulcro devoraba la carne que había arrancado, con los ojos azules en sus plumas comenzando a girar lentamente. Eran hermosos, pensó, pero entonces Fortuna gritó alarmada y desvió la mirada.

“No mires a los ojos,” gritó.

“Jebati,” maldijo Sarai, y luego escuchó que alguien le pegaba en la cara.

Felis lanzó un rugido de ira, pero Tristan no tenía tiempo para esto: tomó a Vanesa. La mujer mayor estaba en pánico, había caído a medio rodilla resbalando en la piedra, y la mano que no sujetaba la cuerda se sentía resbaladiza como un pez cuando ella tomó la suya. Intentaron arrastrarla fuera del río. Yong... estaba del lado equivocado, y a veces la suerte no era amable.

La mayoría de las veces, en realidad.

Solo cuando Tristan levantó la vista, la criatura no estaba acabando con el exsoldado. En cambio, los miraba a ellos, avanzando sigilosamente y atravesando el agua como si no sintiera la corriente en absoluto. El ave de sepulcro se movía lentamente, tan convencida de que todos eran carne en su plato que se tomaba su tiempo para jugar con ellos. Aulló otra vez y Tristan le gritó para ahuyentarlo, Fortuna gritando con él, sus voces hilándose en una sola. Pero Vanesa, Vanesa, se cubrió los oídos con las manos. Cuando soltó la cuerda, la corriente la arrastró, iba a tragársela río abajo si no fuera por el globo de Gloam que se formó en su frente. La anciana fue golpeada como si la hubieran arrojado, gritando de dolor, pero la sujetó con fuerza para no ser arrastrada.

“¡Rápido!” gritó Sarai, “No puedo—”

Los dedos óseos acariciaron suavemente la mejilla de Vanesa, el ave de sepulcro acercándola a su cuerpo, y Tristan observó con horror cómo la otra mano, ósea también, se dirigía hacia su ojo derecho. Lanzó su cuchillo, pero el ave de sepulcro simplemente agitó sus plumas con indiferencia y apenas cortó una. La hoja fue llevada por la corriente, y ahora él estaba fuera de combate. El otro cuchillo estaba en su mochila, lo único que le quedaba era un relicario de pistola roto y, dios—Vanesa gritó, el ave de sepulcro arrancándole el ojo y colocándolo en un hueco sin plumas, justo debajo de su garganta. Una pluma más en proceso, los ojos azules de Vanesa, ya convertidos en pintura, cubriéndolo. Todo parecía perderse, Tristan se dio cuenta. Tenía que correr, para...

La flecha atravesó la cabeza del gravebird en un costado. Este lanzó un grito de furia, pero aunque Yong se estremeció ante el sonido, como el resto de ellos, el exsoldado dejó caer su fusil y sacó su pistola. Otro disparo en la cabeza, colocado de manera magnífica—las plumas salieron volando y Tristan vislumbró carne negra, como un mar de lombrices. Allí había un agujero, que seguía abierto, aunque la bala ya caía al suelo. No cambiaría nada: un gravebird tenía tantas vidas como ojos. Antes los habían reverenciado como dioses. Yong se quedó sin balas para disparar, así que el hombre herido sacó su daga y Tristan, en estado de shock, observó cómo la mano esquelética del gravebird alcanzaba el segundo ojo de Vanesa.

“Eso te infunde temor,” susurró Fortuna en su oído. “Eso es para lo que sirven en realidad los lamentos. No estás indefenso.”

Soltó una risa que fue medio sollozo, luchando desesperadamente contra la corriente para seguir en pie. ¿Qué podía hacer, golpear al monstruo con su pistola rota? Aunque parecía una idea absurda, era mejor que nada, así que alcanzó la pistola y, mientras la madera húmeda deslizaba contra su mano, sus ojos hallaron los grabados en el lado.

“Por favor,” suplicó Vanesa. “Por favor...”

Y Tristan, tonto como era, apretó con fuerza su tesoro inestimable. Un trozo de cuarcita rhadamantina, ardiente con la luz del Resplandor, y en ese momento, cuando miró a los ojos dorados y sonrientes de Fortuna, tomó prestada un poco de suerte. La cuenta regresiva empezó, pero no le prestó atención. Solo necesitaba un instante. El ladrón lanzó la piedra, y justo en ese momento, el gravebird giró: con un tiempo perfecto, imposible, la cuarcita rhadamantina rodó directamente hacia el agujero en la cabeza de la criatura. Y se quedó atascada.

El grito de furia absoluta del gravebird fue tan fuerte que no escuchó el tictac cuando liberó la suerte.

Agarró a Vanesa por la parte trasera de su camisa, casi desgarrándola, y la sacó del camino justo cuando el gravebird empezó a agitarse a ciegas. Estaba en dolor, temblando y gritando, pero el cuarcita quedó bien incrustada. Que arda por dentro, pensó con una satisfacción cruel. Ningún lemure disfrutaba del contacto del Resplandor. Vanesa se había vuelto insensible por el dolor y el shock, su mirada vacía, pero se movió cuando él la empujó, y ambos cayeron de rodillas en el barro de la orilla del río. Al otro lado, el gravebird se dedicaba a arremeter contra el suelo con furia, mientras Yong, sabiamente, huía hacia el agua, distraído por el caos.

“Ve y ayúdalo a cruzar,” ordenó Tristan a Felis, que lo miraba con la boca abierta, ayudando a Vanesa a ponerse en pie.

Francho estaba inconsciente, eso vio, así que le ordenó a Aines que le sacara del estado de shock y pasó la anciana, que ahora solo usaba la mitad de sus gafas —el gravebird las había roto para alcanzar su ojo—, a una débil Sarai. Necesitaban tomar sus bolsas y huir antes de que el gravebird se deshiciera del cuarcita o encontrara algo aún peor. Pensando en sus propios asuntos, Tristan se dio cuenta de la recompensa que había pagado por su disparo: en la orilla, su botiquín yacía contra una roca sobresaliente, roto y medio sumergido. Había rodado cuesta abajo mientras nadie prestaba atención, con la mitad de su contenido derramándose en el agua o arruinándose por ella.

Tendría que rescatar lo que pudiera.

Desconsideradamente, arrojó todo el contenido dentro del botiquín, lamentando que ya no habría analgésicos, y lanzó una mirada río arriba, encontrando a Yong siendo ayudado a salir del agua por Felis. Al otro lado, el gravebird se había refugiado entre las altas hierbas, pero sus gritos traicionaban que aún no se había ido muy lejos. Empotrando el destrozado botiquín en la espalda, el ladrón se unió a los demás. Francho estaba de pie, con la mirada semiciega y una expresión a medio camino entre el sueño y la muerte. El aullido le había afectado mucho más que a los demás; sus ojos aún estaban blancos de temor.

— Tenemos que ponernos en marcha ahora mismo —dijo Tristan—. Quien no logre seguir el ritmo, se quedará atrás.

Nadie protestó, pues todos sabían que si el grito del pájaro de la tumba no había atraído todavía a la secta del Ojo Rojo, entonces las dos balas de Yong sin duda lo habían hecho.

—

La hierba alta era la única razón por la que seguían vivos.

Al menos tres bandas de guerra rastreaban el territorio buscando encontrarlos, y a la vista hubieran estado muertos en cuestión de horas. En cambio, por medio de astucia y suerte, se escondieron y siguieron a duras penas. En dos ocasiones tuvieron que acostarse en el lodo al fondo de unas grietas mientras pasaban hollows por encima, sus sombras permaneciendo en silencio mientras conversaban en una lengua más antigua y áspera que la de Antigua. Su camino era tortuoso, Yong guiándolos por terrenos que no dejaban huellas fáciles de seguir, tropezando con heridos y agotados. Tristan había tomado el tiempo justo para asegurarse de que sus heridas y las de Vanesa no los matarían antes de seguir adelante, pero aunque aún tenía alcohol, ya no disponía de analgésicos.

Todos sentirían el dolor de sus heridas.

Aprentando por la suciedad y las malezas, avanzaron con dificultad. Tras unas horas, el agotamiento los agotó demasiado, obligándolos a descansar, aunque ninguno durmió profundamente por mucho tiempo. No podían permitirse permanecer en un mismo lugar demasiado, pues los cultistas recorrían el matorral en busca de ellos. La compañía siguió

moviéndose toda la noche, robando breves momentos de sueño cuando podía ser, siempre alerta.

El inicio del tercer día desde que se separaron del resto fue negativo, el cansancio intensificando los ánimos y retrasando aún más a los grises. Felis estaba irritable, como un puercoespín, rascándose constantemente los brazos y buscando pelea con los demás. Yong tuvo que amenazar con arrancarle la lengua para que dejase de Vanesa, a quien acusaba de respirar tan fuerte que atraería el Ojo Rojo sobre todos. La única esperanza era que, pese a que su avance se había ralentizado a un ritmo casi lento, Sarai creía que estaban llegando al puente oriental sobre el río.

A medio camino de la mañana, encontraron una columna caída que surgía del matorral, lo suficiente como para que, al escalarla Tristan, pudiera ver un poco más adelante.

— Bueno y malo —les dijo el ladrón al bajar—. Creo que vi la silueta de la estatua que Sarai escogió como nuestro marcador. Estamos a no más de medio día del puente.

— ¿Y lo malo? —preguntó Vanesa resignada.

— El matorral termina pronto —dijo Tristan—. Hay una franja de terreno abierto entre él y el comienzo del bosque.

Y esa tierra abierta bien podía ser la perdición de todos, si hubiese cultistas vigilando desde algún lugar. La compañía empezó a susurrar, salvo Francho, que apoyó una mano en la columna rota y entró en trance con la mirada perdida. Después de que los demás acordaron que primero debían llegar al borde del matorral para decidir si arriesgaban o no, Tristan sacudió al anciano de su ensueño, pero no con la mano, ya que en contratos no se sabía nunca, sino con la culata de su pistola inútil.

— Ah —murmuró el profesor sin dientes—. Sí. Voy con vosotros, veo.

— No estabas dormido —dijo Tristan—. Estabas escuchando la piedra.

El anciano asintió, tosiendo en silencio en su mano.

— No es de aquí —dijo Francho.

El ladrón levantó una ceja interrogante.

“Fue robado de un templo y traído aquí por cultistas para servir como una especie de torres de vigilancia,” explicó el profesor. “Los hombres que lo transportaron tenían opiniones muy firmes acerca de ser ordenados a hacer esto, y uno se quebró la pierna cuando lo soltaron sobre ella. Eso fue... vívido.”

“¿Escuchas sus voces?” dijo Tristan lentamente, “¿como si escuchara sus antiguas conversaciones?”

Aunque no era apropiado preguntar acerca del contrato de otro, si el anciano quería desahogarse, ¿quién era él para discutir? Francho frunció el ceño, sacudiendo la cabeza.

“No exactamente. Es más bien una especie de resonancia de lo que sus corazones sintieron al tocar la piedra,” intentó. “Escucho la vibración de momentos que fueron, nada exacto.”

Seguía siendo el tipo de contrato por el que algunos matarían sin remordimientos, pensó Tristan, si realmente podía extraer secretos de la piedra de esa manera. ¿Cuántas viejas mentiras sangrientas podría arrastrar Francho desde las tumbas si él quisiera investigar el pasado de Sacromonte? O cualquier ciudad en el mundo, en realidad.

“Sea útil o no,” dijo Tristan simplemente, haciendo un gesto para que avanzaran. “Vamos.”

La compañía retomó su marcha, avanzando con cuidado obsesivo hacia el final de la hierba alta, procurando permanecer en silencio. Tristan vigiló a Francho mientras caminaban, buscando la huella de algún precio por el contrato, pero no encontró ninguno. Decepcionante, aunque no sorprendente: los dioses no siempre gustan de pagar sus deudas fácilmente. Fue escuchando que vio cómo el anciano de repente se tensaba, mirando a su alrededor por algo que ninguno de ellos logró ver. A pocos pies del final de la hierba alta, un bloque de piedra estaba enterrado, escondido entre malezas, solo un rincón asomando. El anciano pasó discretamente los dedos por él mientras los demás se detenían en el borde del césped, con la vista cada vez más oscura.

To cías la voz de esa piedra sin necesidad de tirar de tu contrato, pensó Tristan. ¿Ese sería su precio, entonces? Francho podía escuchar los secretos de la piedra, pero nunca podría dejar de hacerlo. ¿Una bendición o una maldición, en conjunto? Fortuna gimió, habiendo mostrado interés al notar la suya. La diosa comenzó a girar distraídamente alrededor del anciano, mirándolo como si fuera un comprador inspeccionando un caballo.

“No parece que esté volviéndose armonioso,” preguntó Fortuna, “pero tendría que si estuviera siempre escuchando todo. Su dios estaría en su cabeza todo el tiempo.”

Armonioso, pensó Tristan con una mueca. Así llamaba la diosa a transformarse en un Santo, algo que ella insistía en considerar hermoso.

“Probablemente tenga alguna cláusula engañosa,” decidió la Dama de las Altas Apuestas. “Como que solo puede escuchar en horas impares o cuando se cumple alguna otra condición. Escuchar esas cosas no será su precio, simplemente es cómo se manifiesta su bendición.”

El ladrón se aseguró de que nadie lo mirara antes de asentir con discreción, en señal de reconocimiento.

“Alguien decidió jugar con él de manera más sofisticada,” ridiculizó Fortuna, lanzando su pelo dorado hacia atrás mientras se alejaba sigilosamente. “Todo esto es muy vulgar, alguna deidad arribista burlándose de su propia astucia.”

Tristan solo pudo esperar fervientemente que la otra diosa no estuviera escuchando ni se sintiera ofendida, aunque esa preocupación fresca quedó en segundo plano ante la repentina inspiración de Yong. Al pasar junto a Felis, el ladrón se arrodilló junto al Tianxi y asomó la cabeza fuera del césped. No hacía falta preguntar qué había hecho que el otro reaccionara: los cultistas estaban a la vista. Corriendo por las llanas tierras, una docena de hollows armados se lanzaba hacia adelante,

gritando. No, no hacia adelante. Huyendo. Estaban huyendo del bosque, se dio cuenta Tristan.

—Eso —susurró Sarai desde su escondite— no es una buena señal.

La segunda señal de que el peligro había llegado fue la niebla. Nubes de ella se alzaban desde el suelo del bosque, casi como una ola pálida que perseguía los huecos. Y desde la oscuridad de los árboles, aplastando troncos y piedras en un silencio inquietante, surgió una silueta enorme que avanzaba con paso firme. Piernas gruesas como columnas engullían la distancia, de color blanco como la tiza y más altas que los hombres. Bajo la fría luz de las estrellas, Tristan vislumbró una inmensidad de carne pálida con cabezas grandes y retorcidas, llenas de ojos perfectamente ovalados, cada masa terminando en una gran tentáculo. La niebla se desplazaba rápidamente junto con los huecos que huían, cuyos gritos repentinamente quedaron en silencio, aunque sus bocas seguían abiertas, y el gran monstruo comenzaba a atraparlos. Bajo esas cabezas, se abría una enorme boca llena de colmillos óseos que sobresalían, donde los huecos eran impalados sin cuidado y dejados sangrar en el interior de la criatura.

—Una bestia heliodorana —susurró Yong—. Maldición. El capitán dijo que estaría dormida.

—Ella dijo que podría estar dormida —respondió Tristan con tono grave—. Parece que no hemos tenido tanta suerte.

Observaban temblando de miedo, mientras la colosal criatura devoraba viva a la mitad de los huecos y aplastaba otros más hasta matarlos, antes de alejarse en una aparente indiferencia. Los tres cultistas que lograron sobrevivir se internaron en la hierba alta al este de su grupo, huyendo tan rápido como podían. Solo pasaron algunos minutos después de que la enorme lemure desapareciera, que la niebla se disipó por completo junto con el silencio opresivo. Tristan pasó una mano cansada por su cabello, mordiendo su labio con inquietud.

—No podemos dirigirnos al puente mientras esa criatura merodea por aquí —dijo Felis.

Por una vez, nadie ladró en desacuerdo con él.

—Debemos esperar a que se calme —sugirió Yong—. Escondernos hasta que pierda interés, y cruzar antes de que los huecos regresen.

—¿Y si vuelven antes que nosotros? —preguntó Aines—. Estaríamos entrando en una emboscada.

Ninguno de los dos estaba equivocado.

—No podemos quedarnos aquí —dijo Tristan—. Todavía hay bandas de guerra buscándonos, necesitamos un refugio.

Y descansar. Todos estaban agotados y cada vez peor. Si llegaba una pelea, la mitad de ellos se rendiría en los primeros treinta segundos.

—La hierba está llena de cultistas —dijo Sarai de manera tajante— y de criaturas mucho peores. No hay lugar en el que podamos escondernos.

—Eso —dijo Francho— no es del todo cierto.

Todos dirigieron su mirada hacia él. El anciano dejó escapar una tos húmeda, y luego se limpió los labios con el dorso de la mano.

—Varias piedras que hemos encontrado hablan de agua —dijo—. Fueron tomadas de un antiguo templo que ha sido engullido por un pantano. Creo que fue construido en un afluente del río que encontramos ayer, en algún lugar al sureste.

—¿Estás intentando matarnos, viejo bastardo? —gruñó Felis—. Estará lleno de huecos como el primero.

—No —frunció el ceño Tristan—. No si lo han estado desmantelando por piezas. No es un lugar sagrado para ellos.

—Tú no lo sabes —siseó Felis—. Solo estás suponiendo.

—Eso es —admitió el ladrón—. Pero me parece probable. ¿Tienes una mejor idea?

Él no tenía ninguna, lo que dio por sentenciado el tema. Tristan ignoró la discusión susurrada en la retaguardia de su grupo, Felis intentando una vez más convencer a su esposa de que se fueran y emprendieran su propio camino. Aines contestó mucho más seca que la última vez.

—

Les tomó una hora y media encontrar el templo de Francho, la última media hora dedicada principalmente a buscar un camino entre tierras pantanosas que no involucrara vadear en la mugre hasta la cintura.

No había rastro de hundimientos en los alrededores cuando la luz de la linterna encontró la primera puerta curva que emergía del fango y la suciedad, y Tristan pudo conjeturar por qué. Había visto grandes serpientes deslizándose por el barro y formas aún mayores en el agua: cocodrilos o alguna criatura que los pareciera. Este no era un lugar amigable ni para los hombres ni para los hollows. Sin embargo, el viejo profesor los guió de piedra en piedra sin equivocarse ni una sola vez. Recorrieron un antiguo camino de peregrino con piedras elevadas sobre el agua, luego pasaron por una docena más de puertas curvas hasta llegar al propio templo: un edificio compacto y cuadrado coronado por una cúpula que parecía el capullo de un tulipán. Era, por incredulidad, todavía en pie.

El pantano estaba oculto entre colinas cubiertas de maleza, cada rincón infestado de moscas y criaturas croando. Todos deseaban salir del aire húmedo y entrar en el templo, que parecía haber sido azotado por una tormenta. Claramente había sido despojado de todo lo que no estaba clavado, con columnas arrancadas y mosaicos despojados de sus colores. Las pocas manchas de pintura blanca antigua que no habían sido borradas por los elementos estaban cubiertas de suciedad y mugre, el lugar rezumaba ellas y olía peor que Pandemonium.

—Esto es repugnante —dijo Aines, con un tono que parecía a punto de devolverle las ganas de comer.

—Hay un lugar mejor —les explicó Francho, saltando con entusiasmo juvenil sobre un altar de piedra partido por la mitad.

Detrás de él, el profesor reveló unas escaleras estrechas y en espiral que descendían.

—Hay una piscina ritual allá abajo —dijo—, que es más antigua que el resto de este templo. En su parte trasera debería haber un pasaje oculto que conduce a un santuario sobre el que fue construido todo esto.

Tristan no podía dejar de pensar en lo útil que era el contrato con el viejo mientras miraba las escaleras mojadas y estrechas.

—Son demasiado pequeñas para que todos podamos pasar apretados —comentó—. Deberíamos enviar solo a un par de nosotros primero.

—Como solía decir mi antiguo capitán: gracias por ofrecerse como voluntario —bromeó Yong—.

El ladrón rodó los ojos. De todas formas, ya tenía planes de ir. Buscó la mirada de Sarai, haciendo una pregunta en silencio, y ella asintió en señal de acuerdo. Las paredes se sentían como si sudaran; musgo crecía en cada rincón, y Tristan estuvo a punto de resbalar tres veces. No había agarre, pues las paredes estaban tan resbaladizas como el suelo. La cámara al fondo parecía más una bañera que una piscina ritual como la que había descrito Francho, un agujero cuadrado lleno de agua sucia precedido por baldosas agrietadas y donde insectos se desplazaban en las esquinas, huyendo de la luz de la linterna. Sobre un saliente en la parte trasera, la mayoría de las columnas estaban rotas. Sarai lo alcanzó, con pasos cuidadosos para no resbalar. Ella echó un vistazo desconfiado alrededor.

—Al menos el olor es mejor que arriba —dijo finalmente.

—Es un comienzo —concedió Tristan.

El reflejo de la piedra en el agua hacía parecer que había una pared completa, pero como Francho había prometido, encontraron un pasaje escondido tras una columna rota. Era amplio pero bajo, lo suficiente para que Tristan tuviera que arrastrarse a gatas después de entregar la linterna. Sarai le seguía muy de cerca. El ladrón llegó al final del túnel, bajando silenciosamente al suelo de lo que parecía una caverna natural. El techo estaba lleno de estalactitas goteras, un suelo ligeramente inclinado que conducía a un santuario tallado en la piedra. La pared de la caverna había sido esculpida para parecerse a la pared del santuario, con siluetas intrincadas que se sujetaban de las manos y los pies en una cadena infinita.

De manera astuta, logró que la entrada al santuario pareciera más que el simple y vago agujero ovalado en la piedra que en realidad era.

Él ayudó a Sarai a bajar, y ambos subieron la cuesta en un silencio cuidadoso. El suelo estaba húmedo, las estalactitas goteaban como cuchillos bañados en sangre, y se desplazaban insectos escurridizos justo fuera de la vista. Con la mano sobre su último cuchillo, Tristan de repente hizo una señal para que Sarai se detuviera. Respiró el aire, olfateando humo, y vio la misma conclusión

florecer en sus ojos, mientras su mandíbula se tensaba: no estaban solos en aquel lugar.

—Cierra la linterna —susurró—. No podemos permitirnos ser vistos.

Sarai hizo una mueca, con igual reticencia a permanecer en la oscuridad, pero aún así operó la persiana hasta cerrarla. Los dos continuaron su avance hacia arriba, moviéndose con cuidado para no hacer ruido alguno. En cuanto lograron un mejor ángulo hacia la puerta del santuario, vieron que había una tenue luz interior que vacilaba. Pálida, pensó. Una linterna alimentada con aceite o polvo de Resplandor, lo que significaba que esto no eran vacíos. Sabía que era mejor no creer que eso significaba que estaban a salvo. Persistiendo en su avance, se aguantaron contra los lados del umbral para asomarse.

Allí Tristan encontró que se había instalado un campamento en el interior del estrecho santuario, con colchonetas extendidas y mochilas apiladas. Incluso había un pequeño fuego sobre el cual bullía una olla con aroma a hierbas. Dos personas atendían la comida, y a la luz del fuego Tristan las reconoció de inmediato: Ferranda Villazur y su ayudante, el cazador Malani Sanale.

Sorprendido hasta el extremo, no notó la presencia de una tercera hasta que se movió. La infanzona no había sido tan tonta como para dejar su espalda sin vigilancia. Había una hornacina oculta a un lado de la entrada, justo en el interior, y allí alguien que se había sentado se levantaba apresuradamente. Emite un sonido de alarma, y las otras dos se giran inmediatamente. Sarai profiere un insulto, y Tristan pasa junto a ella, con el cuchillo en alto, empujando al guardia contra la pared. Manteniendo su hoja en la garganta del cautivo mientras Sarai gritaba a los otros que se quedaran atrás, Tristan Abrascal se quedó inmóvil cuando un destello de fuego reveló el rostro de quien acababa de tomar como rehén.

—Bueno —reflexionó Lan, haciendo una mueca con los labios azules mientras tragaba la última pieza de pan que mordía—, esto es más incómodo de lo que parecía.

Revision #1

Created 16 April 2026 21:23:37 by Michael Brown

Updated 16 April 2026 21:23:40 by Michael Brown